

pero la perseverancia en la gracia final es lo que se llama, respecto de nosotros, perfecta y cumplida felicidad. Aunque haya sido muy fervorosa nuestra conversion, de nada nos servirá sin el don de la perseverancia: este don es propiamente el que da valor a nuestras buenas obras: sin la perseverancia de nada sirve la mas perfecta inocencia, la mas heróica virtud, ni la penitencia mas rigurosa y mas austera. Habia Dios escogido á Saul con especial predileccion: habia sido Salomon el oráculo y la admiracion del mundo por su sabiduría y por su virtud: fué Judás uno de los apóstoles del Savador, y aun habia hecho milagros: hizo Origenes todo cuanto pudo para derramar la sangre por amor de Jesucristo: por bastante tiempo fué Tertuliano un gran padre de la Iglesia: todos estos grandes hombres comenzaron bien, y aun por algunos años perseveraron en la inocencia, en el fervor y en los caminos de la justicia. Honraron la religion mientras se mantuvieron en gracia; pero faltando en fin, y desmintiendo aquel exacto arreglo de costumbres, cansados de andar por los caminos del Señor, dejándose arrastar del torrente de las pasiones y del mal ejemplo, ¡qué fin tuvieron tan triste! ¡qué desgraciada fué su eterna suerte! La gracia final, la final perseverancia en esta gracia es la que pone el sello á todo. Sin este sello nada es admitido en la otra vida: limosnas, penitencias, buenas obras y devocion, todo es perdido si no está marcado con el sello de la perseverancia. Habian perseverado en la pureza aquellas vírgenes descuidadas y poco prevenidas, no se habia marchitado en ellas aquella delicada virtud, muchas buenas obras habian hecho en el anterior espacio de su vida; pero tuvieron la desgracia de dormirse hácia el fin del dia, no perseveraron en el fervoroso zelo que tenian de su salvacion, en aquella vigilancia que es siempre tan nece-

saria: llega el Esposo cuando estaban dormidas, no las encuentra en vela como á las otras; no perseveraron en el fervor, y se perdieron, ¡Buen Dios! ¿es posible que estas razones, estas lecciones y estos ejemplos hagan tan poca impresion en tantos corazones que se hallan en el mismo caso?

PUNTO SEGUNDO.

Considera que, aunque la perseverancia en la gracia es puro don de Dios, la falta de ella es puramente obra nuestra. La vida de la gracia que nos adquiere la penitencia, por su naturaleza es tan inmortal y tan incorruptible, como lo es la misma alma en quien se recibe. Si perdemos esta gracia contra el intento de Dios, á nosotros y no á ella debemos imputarlo; y en esto consiste nuestro desorden. Estamos bien instruidos de la necesidad que tenemos de esta perseverancia final; ¿pues porqué no trabajamos para conseguirla? Debiéramos emplear toda la vida en continuas y ansiosas diligencias para alcanzar este precioso don: debiera ser incesantemente la perseverancia final el objeto de nuestros deseos, el fin de nuestras obras, y por decirlo así, el motivo de todas nuestras oraciones. Por mas que hayamos adquirido inmensos tesoros de gracias y de merecimientos, si por nuestra desdicha no perseveramos en la vida de la gracia hasta el último momento; si por nuestra infeliz suerte morimos en desgracia de Dios y en pecado mortal, por mas que hubiésemos vivido inocentes, fervorosos y penitentes hasta el momento que precede al último; si en él perdemos la gracia decisiva, perdiéronse tambien para toda la eternidad todos aquellos tesoros. Ningun caso hará Dios de todas nuestras buenas obras pasadas. Confundidos con los impíos y con los réprobos, seremos eternamente condenados sin redencion y sin recurso. ¡Y en vista de esto, no se

pide á Dios todos los dias esta perseverancia! ; no se aplican todos los medios para conseguir este don! ; Se teme tanto cualquiera otro mal, sea el que fuere, como el faltar á la perseverancia! No, mi Dios, no será asi : solo este mal, sola esta desdicha temeré yo en adelante; ni cesaré jamás de pedirlos el don de la perseverancia. No perdonaré á lágrimas ni á suspiros para mover, para inclinar vuestra misericordia, y procuraré, siendo fiel á vuestra divina gracia, no hacerme indigno de este don sobre todo don.

JACULATORIAS.

Perfice gressus meos in semitis tuis : ut non moveantur vestigia mea. Salm. 16.

Afirmad, Señor, mis pasos en el camino que guia á vos, no sea que me descamine y me pierda.

Justificationem meam quam cepi tenere, non deseram. Job. 27.

Resuelto estoy, Señor, mediante vuestra divina gracia, á no separarme del camino de vuestra justicia que he comenzado á seguir.

PROPOSITOS.

1. Aunque no podemos merecer la perseverancia y la gracia final, podemos no hacernos indignos de este precioso don. Persevera en la fuga del pecado, en el ejercicio de la virtud, en guardar la inocencia, y ten una firme confianza de que Dios coronará una inocente vida con una santa muerte. Mira con un santo horror todo lo que puede hacerte perder la vida de la gracia. Huye todas las ocasiones de pecar; frecuenta los sacramentos, y si por tu desgracia caiste en algun pecado, nunca dejes pasar el dia sin acudir al sacramento de la penitencia. No lo dilates para el primer dia de fiesta, para cuando estés desocupado, para cuando tengas comodidad. Esas dilaciones fue-

ron funesta causa de reprobacion á muchos, cuya prudente vida prometia mejor fin. Todos los dias has de hacer alguna oracion á Dios pidiéndole la gracia final. El tiempo mas propio para pedir y para alcanzar este gran don es el del santo sacrificio de la misa á la elevacion de la sagrada hostia. Interesa en esto á la santisima Virgen, ofreciéndole tambien todos los dias alguna oracion para conseguir por su poderosa intercesion la final perseverancia. Infaliblemente la consigue para aquellos que son verdaderos devotos suyos.

2. Cada uno de los dias le has de considerar como si fuera el último de tu vida, viviendo en él como si efectivamente lo fuese. Este es el medio mas eficaz para conseguir el don de la perseverancia. Dirige á este mismo fin todas tus obras. Tambien es medio excelente para perseverar en la vida de la gracia un dia de retiro cada mes. Manda decir de cuando en cuando algunas misas por este importante suceso. Ningun negocio nos importa mas. La salvacion es nuestro único negocio, y de la perseverancia final depende la salvacion.

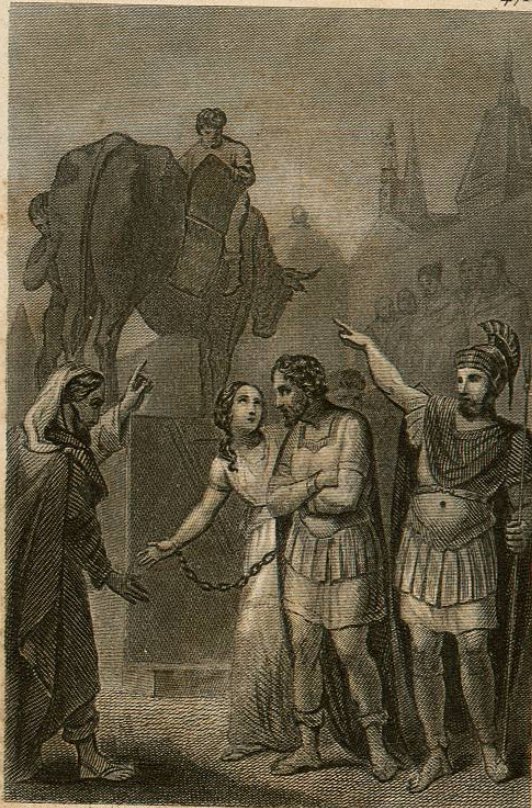
DIA VEINTE.

SAN EUSTAQUIO Y SUS COMPAÑEROS, MÁRTIRES.

La historia de la vida de san Eustaquio, de su mujer Teopista, y de sus dos hijos Agapito y Teopisto, está llena de sucesos tan maravillosos y tan raros, que pudiera parecer una maravillosa novela, á no saber que Dios, por decirlo asi, se complace de cuando en cuando en descubrir á los hombres, lo que sucedia particularmente en aquellos primeros tiempos de la Iglesia, los inmensos tesoros de su providencia y de su misericordia, enseñando á los fieles por medio

T.g.

P. 471.



S. EUSTAQUIO
Y COMPAÑEROS, MRS.